



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12494

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península — Un mes, 2 pts. — Tres meses, 6 id. — Extranjero — Tres meses 11'25 id. — La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. — La correspondencia a la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24

MIERCOLES 1.º DE JULIO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin, 61; y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

A exigirla

La información que hacen los periodistas respecto a la catástrofe de Cenicero, pone de relieve deficiencias que dicen de qué lado deben exigirse las responsabilidades.

Dicha información ha dado a conocer que sobre el puente de Montalvo pesaba una denuncia de inutilidad; pero el tren pasaba, el puente no se hundía, la empresa no hacía caso y como quien pudiera obligarle a evitar el siniestro permanecía mudo, quieta y tranquila permanecía ella, riéndose tal vez a carcajadas del miedo ridículo del denunciador.

Producido el desastre, ha venido la inspección de la causa del mismo. Se han descubierto grietas, traviesas carcomidas... A juzgar por lo que dice el telégrafo, un horror que ha traído como por la mano la inmensa desgracia que pesa hoy sobre doscientas familias y que se refleja en toda la nación.

Si es verdad que el puente estaba denunciado, no se comprende ese caso de incuria. ¿A qué se esperaba para repararlo? ¿A que hubiera un siniestro? Ya lo ha habido; pero en él han hallado la muerte muchos infelices y alguien debe pagar esas vidas y asegurar la subsistencia de las familias de los muertos.

Dícese que el tren llevaba veinte minutos de retraso y que quiso ganarse aumentando la marcha. Si es así, en vez de un caso de temeridad resultarían dos: uno el pasar por el puente estando inutil; otro pasarlo sin la debida precaución.

De que hay responsabilidad en ese siniestro casi no cabe duda; y sobraría el caso, si las noticias que hasta nosotros llegan, afirmando que de la inspección del sitio del suceso resulta de un modo innegable responsabilidad para la compañía, no son caprichosas, debidas a impresiones de profanos, sino a informes de peritos.

En tal caso la responsabilidad debe exigirse sin atenuaciones, sin que las influencias logren disminuir, por que sobre los intereses de la empresa están los intereses de los hijos que se han quedado sin padre, de las mujeres que han quedado viudas, de las madres que han perdido con el hijo a su apoyo que tenían para seguir su peregrinación por el mundo.

Ante las consideraciones que se deben a los muertos que ha amontonado la catástrofe—si es verdad lo de la denuncia—no hay otras dignas de mejor derecho. Solo dudarle es ya un caso de injusticia notoria, intolerable.

La catástrofe de Cenicero ha sido inmensa y de probarse que constituye un caso de responsabilidad, debe castigarse con todo rigor; por que antes que la compañía y que sus intereses, está la seguridad del viajero que se arriesga ignorante é inocente por puentes denunciados y por caminos hechos sobre traviesas carcomidas.

El asunto ira a los tribunales de justicia y en ellos debe poner su confianza el público; pero sin dar al olvido la catástrofe, para que esté fresca siempre en la memoria y perdure el interés que inspira el expediente que se está formando.

TUCERETAZOS

Los amigos de lo ajeno han desvalijado en Barcelona una casa, aprovechando la ausencia de los dueños.

Y se han llevado hasta un colchón.

Hay en esto flos cosas notables.

La modestia de los descendientes de Jaime el Barbudo y el descaído de la policía. Todo degenera.

La comisión de festejos de San Sebastián va a celebrar este verano una exposición de tipos regionales.

Si fuera de tipos locales ya enviaríamos algunos.

Conque si acaso avisen.

El afán de informar resulta á veces asínico.

¿La prueba?

Ahí esta vivita y coleando en Cenicero. El primer telegrama que llevó la noticia por España dijo que habían quedado con vida solo seis individuos.

Como si la catástrofe no fuera ya por sí sola tremenda, el autor del despacho la agranda sin pensar en las consecuencias que había de tener.

De una plumada dejó sin marido á muchas mujeres é hizo infinitos huérfanos.

Y produjo escenas que ponen la carne de gallina.

Buena es la información; pero cuando se deja influenciar por el terror, hay que hacerle la cruz.

«La Patria», el periódico bizkaitarra de Bilbao, dice que la unión que proclaman los católicos no reza con los vascos.

¿Con... rechota con el periodiquín! En su aborrecimiento por las cosas nuestras no hace distinción de ninguna clase.

Ni aun con los católicos españoles quiere ir á parte alguna.

Es lo que él dice echando mano de un procedimiento muy cómodo:

«Cuando nuestros legítimos preladitos nos manden algo como tales preladitos y con nombre de solo Cristo y para solo Cristo. obedeceremos y cumpliremos con toda voluntad su mandato. Cuando nos manden co-

mo españoles y juzgándonos tales, en nombre de España y para España, obedeceremos, pero no cumpliremos.»

¡No hay por ahí á la mano un manicomio!

Está haciendo muchísima falta.

CURIOSIDADES

El cordero no tiene desperdicio ni el tiburón tampoco

«El cordero no tiene desperdicio» — es en España una frase y una verdad.

En el cordero todo se aprovecha.

Pero no, solo el cordero quien posee esta cualidad, inapreciable para los que con él comercian; ahora parece resulta que el tiburón se halla también en esas buenas condiciones.

De aquí que recientemente se haya formado en los Estados Unidos una sociedad que tiene por objeto explotar las grandes bandadas de estos terribles animales que pululan en las aguas de la América central.

Dicha Sociedad se propone sacar de estos monstruos: conservas de carne; aceite para engrasar; cuero para curtir; bastones hechos con los huesos, numerosos bibelots fabricados con los dientes y las mandíbulas; no se desperdiciará nada.

Pero víctimas de una persecución tenaz, los tiburones acabarán por desaparecer.

Sin duda; pero se ha previsto el caso y se establecerán grandes estanques de agua marina en los que se criarán.

Y así no hay miedo á que desaparezcan.

El colmo de la paciencia

¡Siempre los Estados Unidos dando la nota de lo sensacional y extraordinario!

Hace algunos años, los viajeros que llegaban á una hermosa ciudad de allende los mares se sorprendían muy justamente cuando alguno de la población les enseñaba en el paseo, como ejemplo de paciencia y modelo de novios, una pareja que llevaba veintisiete años de relaciones.

¿Qué esperan para casarse? — preguntaba el viajero intrigadísimo ante aquel caso de noviazgo crónico.

—No se sabe. Los dos son ya mayores de edad — ¡y tan mayores! — Entraron en re-

lacione cuando eran unos chiquillos, y así siguen ahora que ya van pisando los umbrales de la edad madura.

Pues bien, esto que vimos nosotros hace siete años en esa hermosa ciudad, cuyo nombre reservamos porque aún es posible que continúen en relaciones los simpáticos protagonistas de la historia, es nada ante el siguiente hecho que desde Nueva York, y como un caso rarísimo, telegrafian á un periódico francés:

Dice así el indicado telegrama:

«En Long Island, un público summoesimio ha asistido recientemente á un matrimonio de los que nunca se han visto en los Estados Unidos.»

Y bien ha podido decir el corresponsal que en ninguna parte, añadimos nosotros.

«M. Towneend Miller, de ciento cuatro años de edad, se ha casado con una viuda relativamente joven, pues solo cuenta setenta y nueve años.

«La conoció cuando era una niña de cinco años; M. Miller, á pesar de que entonces contaba ya treinta cumplidos, concibió el proyecto de esperar á que la niña fuera mayor de edad para casarse con ella.

Poro la casualidad quiso que llegada esa época la joven se casase con otro. M. Miller no se desanimó por eso y dijo:

— Esperaré.

Ha sabido esperar, y como se ve ha logrado lo que se proponía.

Todo llega... si hay tiempo para aguardarlo.

La seguridad en Servia

Sobre la seguridad en Servia ha publicado el «Gaulois», de París la siguiente chistosísima anécdota.

Hace cosa de diez años viajaba por Servia un general francés que hoy ocupa un alto cargo en el Ejército.

En una población fronteriza próxima á Nisch un teniente de gendarmes, después de haber hecho todos los honores al general y haberle servido de cicero en sus excursiones por aquellos alrededores, no dejó de advertirle de los peligros que corría viajando solo por una región infestada de bandidos.

Para defenderle mientras estuviera en territorio servio lo hizo acompañar de una



Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.



CESARINA DIETRICH

29

decir que se me dejará en mi cuarto leer, escribir y estos serán mis placeres.

Preciso fué conformarme con este arreglo. Pablo no estaba en la edad de las pasiones, y creía que el estudio haría la dicha de su vida.

Mr. Dietrich, á quien yo referí esta conversación, me dijo que auguraba muy bien de un carácter semejante, á menos que aquella energía no fuese un fugitivo hérolismo como todos los muchachos tienen á esa edad: que debía volar con sus propias alas hasta que él adquiriese la medida de su propio valer y que en todo caso él siempre se interesaría por mí sobre no á mi menor insinuación.

Me consideré satisfecho, ó al menos fingí estarlo; pero la independencia precoz de Pablo me daba cuidado. Hacía tristes reflexiones sobre el espíritu de individualidad que se apodera cada día más de la juventud. Por una parte veía á Cesarina entregada á sus cálculos profundos para gobernar un mundo, y por otra veía á Pablo con una altivez que no se prestaba á ser dirigido por nadie. Que mi discípula, mimada siempre por la suerte, creyera que todo se había creado para ella, era una lógica fatal; pero propia de su posición; pero que mi abijado, aislado y pobre en el mundo, declarase que no quería protección ni apoyo, me parecía una arrogancia peligrosa y aguardaba

28 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

teatro: estoy contento del partido que he tomado y tengo la palabra de Mr. Latour.

—Me parece—exclamó—que antes de comprometerme habieras debido consultarme.

—El tiempo urgía y estaba seguro de vuestra aprobación.

—Pues hacías mal; ignoro si has tomado una buena determinación y me hubiera gustado consultar á Mr. Dietrich.

—Querida tía, no deseo estar protegido ni obligarme á quien no sabré si podré estimar mañana. ¡No me llaméis orgullosos! He reflexionado muchísimo durante un año, me he dicho que yo no podía aspirar á un destino brillante y difícil de realizar, y me había jurado abrazar la primera colocación honrosa que se presentase, y así lo he hecho. No es brillante mi colocación, y quizá gracias á Mr. Dietrich la hubiera tenido más lucrativa, pero no quiero ligarme á un bienhechor, cualquiera que este sea. Mr. Latour me admite como á todo dependiente que empieza; no me hace merced ninguna, y por lo tanto mi porvenir está en mis manos, no en las suyas, no me ha otorgado ninguna esperanza de posición, es un positivista frío, es el hombre que yo necesitaba. En su casa aprenderé el comercio y continuaré mi educación, porque su almacén de libros es una inmensa biblioteca; me ha dicho que tengo que corregir pruebas, lo cual quiere

mana, ocupada constantemente en los cuidados de la casa, nos hacía compañía rara vez y Cesarina estaba condenada á vivir entre dos solteronas, la una alegre jovial, porque Herminia, frívola siempre, jugaba con ella como una niña; la otra que era yo, severa, grave, irresoluta.

Volvímos á París en medio del invierno. Cesarina, que no había mostrado el menor desagrado por una permanencia tan larga en campo, no pareció demostrar alegría por su vuelta á París, pero en breve pude observar que un padre tenía razón al decir que amaba la sociedad. Su salud, que no había sido completa desde la muerte de su madre, pareció restablecerse en cuanto se le proporcionaron algunas distracciones.

Esta victoria, en su equilibrio físico, desarrolló de tal modo su hermosura, dió tal distinción á sus maneras, que á los diez y seis años tenía todo el prestigio de una mujer perfecta. Su inteligencia fué progresando en la misma proporción y puede decirse que adelantaba lo que no tenía tiempo de aprender.

Las artes y la literatura se revelaban á ella como por magia y se perfeccionaba su gusto en tales términos que al cabo de un año de exámen, yo hablé en estos términos á su padre:

—Me quedaré en vuestra casa si vos lo exijís, pero no soy necesaria á vuestra hija. Nadie le es ni le será